

Poemas de **Horacio Cavallo**

Haikus para un domingo encapotado

I

Está lloviendo.
Las gotas son monedas
que nadie guarda.

II

Andar descalzo
paseando ensimismado
tiene sentido.

III

Sopla la tierra
como un aroma dulce
que llega al cielo.

IV

Hasta el silencio
se va volviendo verde
para la siesta

V

Exorcizamos
la noche del domingo
con sombras chinas

Alberto

El padre de mi padre está sentado
en un sillón de mimbre. Un mediodía
inmerso entre la luz que da el pasado,
bajo una claraboya que llovía.

Mira la nada, bebe adormilado,
hojea el diario, tose en su manía
de descifrar las letras. Cualquier lado
donde olvidar los lentes le servía.

Abre un álbum y busca entre las fotos
a su madre muriendo calcinada
—un primus que revienta, ya no hay modo—

o al hijo, a las mujeres, nada, todo
lo que recuerda—olvida, en la gastada
mesa del bar con sus compinches rotos.

Dodaním

El padre de mi madre está perdido
en el filo de una copa de grapa.
Con tres colillas improvisa un mapa
que va de la memoria hasta el olvido.

Poeta en decadencia, descreído,
sueña con cardenales y no atrapa
más que el frío sudor que se le escapa
para perderse al fin, por lo perdido.

Tres hijos: uno muerto y una presa,
la enlutada mujer que balconea,
la desazón, el grito, la pereza.

El borde de la copa lo marea,
arma un tabaco, lee, cabecea,
para morirse al fin, de la tristeza.

Abdiel

Recuperar sus días boca a boca
sin conocerlo más que en un retrato.
Reconstruirlo al menos por un rato
en esta claridad que lo convoca:

Vuelve de trabajar, dormita, evoca
Nueva Palmira, el río, un sauce, un gato.
Se despierta en la punta del zapato,
canturrea, recita y se equivoca.

Palidece, habla poco, cuando puede
toma baños de sol interminables
o le cuenta las cuentas al rosario.

Dar un punto final es arbitrario
y las leyes de dios son implacables.
Justo a los veinte enferma, sufre, cede.

[Ponemos a los muertos en la mesa]

Ponemos a los muertos en la mesa
repasando sus tardes olvidadas.
La mano nos sostiene la cabeza,
la sombra es de las luces apagadas:

Oímos como cantan nuestros muertos,
de voz aguardentosa o agua fresca.
Los vemos solitarios en los puertos,
silbando la ilusión de buena pesca.

Los hijos de los hijos de mis hijos
intentan entonar esas canciones:
"fusiles, candelabros, crucifijos,
y un oxidado as de corazones"

repetimos –autómatas en coro–
y nos volvemos uno en el intento.
Después vuelto a mi mismo, rememoro
de qué manera desparrama el viento.

[Buscar la claraboya –raro cielo–]

Buscar la claraboya –raro cielo–
andar casi sin ropa, atardeciendo
por los muros crecidos de la casa,
entre juguetes rotos y monedas
sin sentido que tuvo toda infancia.
Andar, y andando así, entristecido
oír en los tablones de madera
el paso del abuelo hacia la nada,
la radio borroneada en la cocina.
Oír al heladero en las veredas
de todos los domingos que retengo.
El estirón, el rostro demacrado,
el miedo de crecer sin evitarlo,
los carros vibrando en los adoquines.
No hay cómo rescatar esos veranos
con la ventana abierta y las revistas:
las muchachas perdidas en las ramas
de los árboles altos y frondosos,
y nosotros –soy yo, y los que me habitan–
perdidos en las nubes, en los charcos,
sonando una guitarra en solitario,
queriendo retener y sin remedio
la verdadera vida, que se pierde
irremediabilmente con las horas.
Y llegan los disfraces, las costumbres
que deben repetir los hombrecitos,
el fingido ritual, la mansedumbre
que se empoza en la boca, amargamente.

La casa

I

Miré caer la tarde boca al cielo
y persiguiendo tristes claraboyas
fui cambiando de forma.

La casa me imitaba en su preciso
devenir contra el tiempo y sus trabajos.
Fue perdiendo la forma.

Se me estiraba el cuerpo y se volvía
más viejo el corazón las madrugadas:
"El corazón existe".

Los muros se volvían como el cielo
aguachento que anuncia la tormenta:
Ruidosa claraboya

Se agrietaban los techos imitando
rayones de mis manos y mi rostro:
Ojeras–lamparones.

A veces oigo al niño que habitaba
perdido en pasadizos inventados:
lo recuerda la casa.

Y el ronco retumbar de la madera,
la radio y el reloj entreverados
¿Adónde están ahora?

II

Paredes amarillas, patio abierto,
una escalera clara y otra oscura.
Cocina verde agua y la grisura
que flota sobre el corredor desierto.

Tres escalones blancos a la entrada,
dos balcones de mármol, celosías.
Pisos ajedrezados, galerías,
claraboya, desván, canilla atada.

Buscando al niño en el que estuve hundido
paso tardes enteras dando vueltas
por los muros más tristes de la casa.

Sin novedad en las piezas revueltas
doy por perdido y enfrento una taza
volviendo al hombre en el que estoy metido.

Horacio Cavallo nasceu em Montevideú (Uruguai), em 31 de dezembro de 1977. É prosador e poeta. Em poesia obteve o primeiro lugar no Concurso Anual de Literatura del Ministerio de Educación y Cultura, em 2006, com a obra *El revés asombrado de la ocarina*. Em narrativa obteve os Fondos Concursables na categoria narrativa com o romance *Fabril*, que será publicado em 2010. Tem trabalhos publicados nas revistas *Versal* (Holanda), *El Parnaso* (Espanha), *Viento en Vela* (México) e *Punto de Partida* (México, UNAM). Viaja em outubro para o Festival El Vértigo de los Aires, México DF, e participa do Festlatino, em Recife, Brasil, no mês de novembro. Possui trabalhos traduzidos para o português e o inglês.